

LA COSIFICACIÓN EN LA GERONTOLOGÍA

Jorge G. Hidalgo González, Ph.D.*

PRESENTACIÓN

Con todo respeto, deseo advertirle al lector que, por ser el envejecimiento humano un acontecer multidimensional, trato en este artículo de enfocar algunas de esas dimensiones. Ese intento, le da al artículo, una riqueza de perspectivas que luego trato de amarrar al final. Espero que el lector comprenda que en un artículo como este, hay un espacio muy limitado para presentar cada dimensión en forma explícita, pero que cada una tiene como tónica dominante el interés sistemático por el "envejecimiento".

También, se asume en este artículo que el fenómeno del envejecimiento, en cuanto a los humanos concierne, es dialéctico. El humano obra con su consciencia sobre su cuerpo y los procesos orgánicos son factores determinantes en el acto de percatarse. Ya había P.V. Kopnin (1966) notado lo difícil que es pensar y escribir en forma dialéctica y guardo la confianza de que el lector sabrá comprender las dificultades que encaro al tratar de expresarme en esa modalidad. En forma particular, se hace obvia esa dialecticidad en el análisis del envejecimiento, porque en esa instancia, los procesos orgánicos influyen sobre la determinación

* * Profesor del Depto. de Sociología y la Maestría en Gerontología, Universidad de Costa Rica.

de la identidad individual, y, con frecuencia, el individuo apela a las tradiciones y a las tipificaciones sociales, para tratar de comprender ese proceso universal de envejecer.

Por otro lado, se entiende por "cosificación" en este artículo, el proceso mediante el cual a un ser humano se le trata como si fuera una cosa, categoría social, objeto o fenómeno ajeno a su identidad individual propia. En otras instancias de la literatura social, se ha utilizado el término "reificación", que contiene la raíz fonética del griego antiguo res, para indicar "cosa". Según el Diccionario de la Lengua Española (1984:389), una cosa, es "...Todo lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta". Ahí mismo (p. 390), dicese de cosificar: "Considerar como cosa algo que no lo es, por ejemplo, una persona". He aquí, que dilucidar qué es una cosa, no parece ser tarea fácil, en gran parte debido a que la cosificación es inherente a la comunicación humana, pues con un ordenamiento temporal de palabras tratamos de representar o expresar un ordenamiento de relaciones entre cosas (Wolin, 1960:7).

SER HUMANO

La cosificación es un dilema inherente a la existencia y la consciencia humana, ya que la expresión "ser humano", contiene los dos términos del prolegómeno: la cuestión del "ser" y de llegar a

tener identidad "humana". En cuanto a la ontología del ser, mucho se ha escrito en la filosofía. El término "ser" es un verbo y un sustantivo y forma parte de la cópula que une al sujeto con un atributo. El intento por dilucidar la fenomenología del "ser" ha dado lugar a una larga tradición de reflexión filosófica, cuya gama se observa desde las más empíricas, hasta las especulativas. En la forma intransitiva, el verbo "ser" equivale a "haber" y a "existir". Se sigue, en esta instancia, la sugerencia de José Ferrater Mora (1975:652), "...que antes de cualquier análisis filosófico es necesario precisar el marco gramatical dentro del cual va a ser usado el término 'ser' ".

En cuanto al proceso del envejecimiento, la filosofía del "ser" adquiere gran importancia, porque la consciencia de ser no es momentánea, sino que, más bien, acontece a lo largo del transcurrir del tiempo. Es un devenir y no un estar. A los científicos sociales se nos hace muy difícil escapar a ambos ambientes, el de las formas verbales y las sustantivas, ya que, en el caso del ser humano, al mismo tiempo que se nota un problema existencial, se suscita una transformación, pues nadie ha sido un ser humano en forma definitiva y para siempre. En forma paralela, se experimenta la tentación casi irresistible de caer en el uso de los atributos, para referirse a los procesos, en un intento de congelarlos como un recurso retórico que raya con el sofisma.

El ser humano no nace humano, sino que es transformado en humano mediante los procesos de socialización primaria y secundaria. El "ser" (sustantivo) llega a ser (verbo) humano (atributo) en un contexto social específico, en un momento histórico dado, teniendo un principio y un final. Con la salvedad, quizás, de que la herencia genética debe de ser tomada en cuenta, particularmente en los estudios sobre el envejecimiento humano, pues, muchas predisposiciones hereditarias son instrumentales en determinar la longevidad y la calidad de vida que experimenta un individuo (Kallman & Sander, 1948); hace que cada individuo no sea una excepción, sino un miembro de la especie. Hasta se podría argumentar favorablemente, que la continuidad cultural de la especie humana encuentra su fundamento y apoyo en el impulso evolutivo biológico, ya que la adaptación a los cambios ambientales los logra el individuo, pero se constituyen en cambios evolucionarios cuando benefician a la especie.

Al experimentar incrementos en condiciones crónicas de salud y mermas en la capacidad funcional, el individuo tiende a encarar una mayor incertidumbre en los resultados de sus acciones y se vuelve más vulnerable. Si el individuo envejecido no tiene una red social de apoyo adecuada, no encuentra otra alternativa que replegarse sobre su núcleo de valores más básicos: sus instintos, o sea, los dictados de su cuerpo. Apartado de la comunidad de los

seres humanos que sí pueden adaptarse a las "normas" de conducta, el individuo envejecido es cosificado como "anormal", pues no da la talla de los "parámetros" poblacionales para generaciones más jóvenes. El estigma, el estereotipo y las tipificaciones sobre las que se basa el conocimiento vernacular, lejos de ser inclusivo y comprensivo, es excluyente y peyorativo. La cosificación que acontece, entonces, hace de la persona mayor de 60 años un individuo "decrépito", un "estorbo" y un estado del ser indeseable y poco atractivo para otras generaciones de menor edad.

LA SOCIALIZACIÓN

El término "socialización" es una de las nociones más básicas de la sociología y en términos generales, se utiliza para hacer referencia a los procesos mediante los cuales al ser humano se le inculcan las formas de comportamiento social (valores, normas, costumbres, pautas, gustos, lenguaje, ideas, ideología, visión del mundo y otros aspectos relacionados). Aunque existe consenso entre los sociólogos en cuanto a la fenomenología del proceso de la socialización, sin embargo, no existen paradigmas en cuanto a las teorías que tratan de explicar el fenómeno. Por esa razón, he optado por una decisión de agrado personal en el sentido de utilizar la perspectiva del interaccionismo simbólico.

Quizás el producto resultante más interesante de los procesos de socialización, desde el punto de vista interaccionista

simbólico, es la persona (máscara), que aprendemos a utilizar en la interacción con nuestros semejantes. Para George Herbert Mead (1934), la máscara social es la fachada externa de una estructura dinámica de la personalidad humana que él denominó el "mi", en oposición a la noción orgánica del ser, el "yo". El "mi" es el resultado de la internalización de las normas de conducta que adquieren un valor socializador para el individuo y de las cuales, por imitación o imposición normativa, se deriva la noción social de identidad. El individuo aprende a identificarse a sí mismo como objeto de una reflexión, y en virtud de ese aprendizaje, puede acarrear conversaciones consigo mismo, como lo haría con otro semejante. El sujeto aprende a tratarse a sí mismo como objeto social. Dicho de otro modo, el ser es "humano" cuando aprende a verse a sí mismo como una representación social, un actor social que lleva a cabo papeles sociales frente a un público (el grupo, la comunidad y la sociedad más amplia e inclusive, otros actores imaginarios generalizados).

Según Mead, los individuos aprenden temprano en sus vidas a asumir papeles sociales que son ajenos a su experiencia individual, y que pertenecen al dominio del mundo compartido con los semejantes. De acuerdo con los contenidos de la teoría social propuesta por Mead, ningún niño juega a ser él o ella misma, los niños juegan a ser alguien más (papá, mamá, el bombero, el

policía, Tarzán, Batman, Batichica y otros). Dicho en otras palabras, los niños juegan a asumir los papeles sociales que sirven de modelos para sus conductas. En forma semejante, la persona mayor de 60 años utiliza papeles sociales como modelos de referencia para interpretar su experiencia individual y protagoniza con frecuencia los "achagues" de la vejez en base a expectativas sociales, más que en base a sus propias vivencias inherentes.

Para Mead, el lenguaje y el proceso social estaban inextricablemente aliados en un proceso simbólico por el cual se gesta la noción social de membresía al grupo y de identidad individual. A partir de ese momento, ya el individuo no existe para sí mismo, pues, presentes en su memoria, en los términos del lenguaje, y en el significado de esos términos, están los valores sociales que le fueron inculcados. Parafraseando a Peter L. Berger (1976), el ser humano es social, porque la sociedad está en el ser humano, especialmente cuando al ser ya no le es posible existir sin recurrir, para expresar su existencia, al lenguaje y los símbolos, cuyos significados son compartidos y de origen social.

Mead planteó que la "mente" no es una estructura de la anatomía humana, sino un proceso social externo al individuo, existente siempre y cuando exista interacción social. En el individuo, la "mente" emerge a partir de memorizar los términos

lingüísticos y las imágenes evocadas por los símbolos; y en el grupo, la "mente" se hace evidente por medio de la comunicación. Bajo aislamiento, la mente se deteriora, porque los procesos interactivos que la convalidan constantemente (que son exógenos, pues se originan de una experiencia previa: los valores socializados por otros) no están presentes.

En el grupo, la "mente" es palpable por medio de las actitudes individuales y grupales, los papeles sociales que cada individuo ocupa en la dinámica interactiva cotidiana y los significados atribuidos a los términos, signos, gestos, señales y símbolos. La memoria, la capacidad racional de asociación, la interpretación y el repertorio de significados, constituyen la "mente", y dejan en evidencia, su origen social. Por eso en muchas pruebas sobre inventarios de los rasgos de la personalidad, dichos aspectos se localizan, por lo general, bajo el rubro de "aptitudes sociales".

Los neurocientíficos (Zigmond, et al., 1997), han sido enfáticos en cuanto a llamar la atención sobre el diferenciar analíticamente la estructura somática del cerebro, su funcionar orgánico y las funciones asociativas que lleva a cabo (razonar, recordar, procesar información, etc.). Para los neurocientíficos, tales expresiones como "enfermedad mental" o "deterioro mental", son absurdas, porque, en esencia, para dichos especialistas, es la

corteza cerebral y la estructura neurológica las que pueden ser diagnosticadas, no la "mente". Para estos científicos, la "mente", sencillamente, no existe dentro del organismo, excepto, quizás, como un concepto socialmente construido, a semejanza del alma o del espíritu. Tal y como argumenta Zigmond (Ibid, p. 47), "¿Si no sabemos a ciencia cierta qué es la mente, cómo podemos con tanto autoritarismo determinar sus patologías?".

El "yo" en cambio, argumentó Mead (Ibid.) se experimenta, generalmente por medio de sentimientos, sensaciones y emociones, que debe el individuo de tratar de "traducir" al repertorio de significados sociales, para poder identificarlos. El "yo" es a posteriori, en el sentido que debe ser experimentado primero y luego identificado; mientras que el "mi" es a priori, puesto que fue inculcado por obligación hacia o imitación de otros semejantes.

El "yo" como experiencia biológica, se utiliza para designar a los instintos, los impulsos, los anhelos de perpetuar la especie y de autopreservación, las sensaciones, los sentimientos y las emociones. El "yo" es un convertidor de energía y es la planta de energía que suministra la potencia que requiere el "mi" para sustentar a la "persona" (la fachada social) y actuar socialmente (la actividad en el mundo compartido), según lo visualizó G. H. Mead.

El drama que se abre ante el ser humano es resultante de la escisión que acontece por el hecho, de que sin el "mi" no hay consciencia (el acto de percatarse), y sin el "yo" no hay individualidad. Mientras el "mi" me hace miembro de una sociedad y una cultura, el "yo" me hace miembro de la especie.

En el envejecimiento, la mayoría de los seres humanos definen su identidad cambiante con el transcurrir el tiempo, no en términos de una información científica que es pública, pero que no está disponible para todos, sino más bien en términos de los estereotipos culturales.

Es más, la socialización tiende hacia la escisión neurotizadora de la personalidad, porque lejos de ser integradora, la socialización de nuestra civilización occidental, al estar basada en el raciocinio lineal y no el dialéctico, es desintegradora, creando unidades autónomas de análisis y la excesiva especialización resultante, es una especie de politeísmo doctrinal, una Babilonia contemporánea con su respectiva confusión de lenguas e idiomas (y sus correspondientes feudos de influencia y poder).

ENVEJECIMIENTO Y COSIFICACIÓN O LA COSIFICACIÓN DEL ENVEJECIMIENTO

La cosificación es, por lo tanto, un proceso que le llama particular atención a los gerontólogos, porque con frecuencia al ser humano envejecido se le identifica por apelativos que hacen

referencia a los estereotipos, y no a la identidad básica del individuo. Términos como "tercera edad", "roco", "anciano", "senil" y otros, se constituyen en distorsiones de la identidad humana, en tanto que representan reducciones de esa identidad a rasgos superficiales o a supuestos, generalmente fundamentados en una mala comprensión del proceso. La misma palabra española, "categoría", viene del griego antiguo kategorestai, que significa "acusar públicamente". La categoría social "vejez" reduce toda una vida a los síntomas propios de las postrimerías de la vida, y hace que perdamos de vista su totalidad, la cual está contenida en el conocimiento y la experiencia acumulada por los individuos mayores de 60 años, los cuales raras veces son consultados.

Pero, la cosificación apunta a un dilema epistemológico más profundo aun, y esto es que la consciencia del ser no acontece en forma aislada, sino que es una experiencia social. Por otro lado, la experiencia orgánica es individual, porque el sujeto es el que experimenta sus sensaciones, emociones, sentimientos, intuiciones, sueños y fantasías. ¿Cómo armonizar en el estudio del envejecimiento ambas fenomenologías, la consciencia colectiva y la experiencia orgánica individual?

Además, por lo general, al ser humano se le hace sumamente difícil expresarse en términos de procesos. La dialéctica que acontece, en cuanto al movimiento de los fenómenos, es tal, que

para poder indicar una visión del mundo cambiante, mucha veces preferimos adherirnos a la cristalización conceptual, en un momento dado del tiempo y del espacio, del recuerdo de ciertos acontecimientos o la visión que guardamos en la memoria. Esta "calcificación" o "cristalización" de los procesos sociales nos permite lidiar con las relaciones como si fueran cosas y "congelarlas" en imágenes manejables, como si los procesos siguieran siendo los mismos, sin cambio alguno; o capaces de acciones humanas.

Alfred Schutz (1967) había notado la importancia que revisten las tipificaciones en la vida cotidiana de los seres humanos. Según Schutz (p. 32), "Estas categorías fueron formadas por lo general por otras personas, sus predecesores o contemporáneos, como tales por el grupo en que nació". Tomemos un ejemplo concreto en relación al envejecimiento. Según las palabras publicadas por algunos miembros del National Institutes of Health y National Institute on Aging (U.S. Department of Health and Human Services, 1993:3), "Los procesos del envejecimiento se pueden dividir en tres categorías generales--genéticos, bioquímicos y fisiológicos". En la publicación se proceden a explicar varias teorías del envejecimiento orgánico, pero, como si el organismo humano viviera en aislamiento, sin las gratificaciones y los sufrimientos de la vida en común con otras criaturas semejantes. En la visión del

envejecimiento del National Institute on Aging de los Estados Unidos, la vida en sociedad es nula en cuanto a los efectos sobre el organismo.

No es sorprendente toparnos con esta forma de cosificación, ya que con frecuencia en el campo de la salud, al paciente se le confunde con los síntomas y al individuo con la enfermedad que le aqueja. Por eso es posible escuchar en los hospitales a los especialistas en salud referirse a los seres humanos como una "traqueotomía", una "apendicitis" o una "infección viral".

Nuestro esquema occidental, al ser desintegrador, conlleva en su visión del mundo la neurosis. Según Carl G. Jung, la neurosis es una escisión de la personalidad, que resulta en la manifestación en forma autónoma de la voluntad consciente, de contenidos inconscientes que bajo circunstancias específicas asumen el mando del "yo".

En palabras de Jung (1953:109),
Los síntomas de una neurosis no son simplemente los efectos de una causa pasada acontecida hace mucho tiempo, sea ésta la sexualidad infantil" o la urgencia infantil del poder; también son intentos por lograr una nueva síntesis de la vida--intentos fallidos, agréguese dentro de la misma tónica, pero intentos al fin y al cabo, que contienen un núcleo de valor y significado. Son semillas que no germinaron debido a las condiciones inclementes de la naturaleza interna y externa.

El problema de los opuestos, los opuestos complementarios y las contradicciones, representan dilemas humanos que expresan en

forma dramática la polaridad que experimenta el ser. Por un lado, el ser que se da cuenta y, por otro lado, el ser que no: ambas instancias son las dos caras del mismo ser. La consciencia humana no es una experiencia continua, dado que tarde o temprano el acto de percatarse cesa, bien sea porque es interrumpido por la distracción o por el sueño. La consciencia en vigilia es, por lo tanto, intermitente.

En tanto que aceptemos los contenidos de la teoría general de análisis de sistemas (Bertalanffy, 1968), en el sentido de que la entropía en los sistemas acontece porque toda forma de energía tiende a dispersarse, ya que ninguna forma de energía puede ser conservada indefinidamente, entonces tendríamos también que aceptar que la dispersión de la energía demanda de una fuente renovada de energía, de lo contrario la dispersión de la energía cesa, porque la energía cesa.

El envejecimiento puede entenderse como un deterioro de la energía, pero, también, como un deterioro en la capacidad del organismo de transformar la energía. Con el envejecimiento aumenta la entropía y se deteriora la capacidad del organismo de poner en efecto la entropía negativa, la cual se logra por medio de la constante reorganización.

La segunda ley de la termodinámica apunta hacia la fenomenología de que la energía se transfiere, pasa de un cuerpo a

otro cuerpo. Esa característica de la energía de transferirse, quizás es lo que le da su "imagen" de eternidad. Geneticistas, biólogos y fisiólogos, todavía continúan debatiendo el asunto de si, en el caso de la herencia genética humana, se transfiere la energía en sí o sólo los códigos para la síntesis proteínica. Hall, et al., (1997), tratan de proponer una hipótesis intermedia, al argumentar que los códigos genéticos son formas elementales de energía, o sea, la citosina, la guanina, la adenina y la timina contienen, a su vez, las instrucciones para la conversión de materia orgánica (básicamente carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno) en proteínas.

De este modo, nuestro conocimiento incompleto sobre el proceso del envejecimiento, se ha prestado a que utilicemos tipificaciones arraigadas en la tradición cultural, más que en el conocimiento científico empírico. Así, los individuos que envejecen, encajan dentro de la categoría social de los "ancianos" o la "tercera edad", unas categorías que abarcan mucho y explican poco. En el análisis del acontecer del envejecimiento, este dilema se hace un epítome cuando los individuos fallan en alcanzar una síntesis de la vida, debido a la especialización excesiva de nuestros puntos de vista, que fomentan la escisión de la personalidad, en lugar de su unificación. Lamentablemente, cuando esa unificación acontece, muchas veces ocurre auspiciada por una

entidad metafísica (divinidad) o por algún tipo de dogma. El individuo busca en los cielos lo que no puede tener en la tierra o busca en sí mismo lo que no puede obtener de los demás. La escisión de la personalidad que nuestra cultura propicia, tiene como consecuencia la alienación, como ya lo habían notado Hegel y Marx.

En el proceso del envejecimiento, la alienación se acentúa cuando se asume que el proceso debe de entenderse en términos de tipificaciones cosificantes, e inclusive, como si el proceso no fuera longitudinal, sino momentáneo. De este modo, las nociones de "vejez" y de "viejo" representan el intento por congelar el envejecimiento en imágenes temporales, en lugar de comprender su proceso evolutivo y gradual a lo largo del tiempo.

LA ALIENACIÓN

El término "alienación" viene al idioma español por la vía del latín y contiene la raíz "alien", que significa, extraño. Alienación significa convertir o convertirse en extraño. Quizás el vocablo de la lengua española más cercano a la intención semántica que en este artículo se desea reflejar, en relación con el proceso de alienación, es el de "alteración".

José Ortega y Gasset (1932) entendió la alteración en el ser humano en el sentido de una falsificación. El ser humano aprende a volverse un timador, porque no puede ser sincero o transparente en

la interacción con sus semejantes, ya que de serlo incurriría en formas de conducta que le acarrearían inconvenientes con otros, particularmente con los guardianes del sistema.

Argumentó Ortega y Gasset (Ibid.), que la identidad del individuo no es exclusiva, sino que depende de factores circunstanciales. Entre los factores más importantes que se pueden destacar están las creencias y las dudas. Ya que no es lo mismo vivir en creencia que vivir en duda, no ha de sorprendernos que les resulte una opción más fácil a los individuos vivir en creencia que en duda, pues, por lo general las dudas son incertidumbres. El ser humano apetece más de un mundo cierto que de uno lleno de dudas.

Para Ortega y Gasset, el ser humano se fabrica a sí mismo constantemente; pero esa fabricación no ocurre de la nada, sino que su devenir acontece a partir de un material previo y de la presencia de otros semejantes que asumen un papel circunstancial en la fabricación del yo y del mi. Ante el inminente peligro de un naufragio en el mar de la duda, el ser humano se aferra a la tabla de salvación de la cultura.

Sin darse cuenta, el ser humano cae víctima de un acertijo. La vida tiene diferentes grados de manifestación, que van desde la más artificial hasta la más realista, dependiendo qué tan cerca esté un ser humano de poder llevar a cabo su destino. Dado que la

vida es un hacerse a sí mismo constantemente en un proceso de "autofabricación", el individuo puede alejarse de su autenticidad, pero su existencia será menos real, opinó Ortega y Gasset. No es inesperado, pues, que este autor propusiera que el "ser" sea una invención humana, una de las tantas a las que se aferra el individuo para no zozobrar en el mar de la incertidumbre.

Mucho antes que Ortega, Hegel (1967) en forma particular se había percatado de este ángulo tan particular del dilema de la existencia humana, al proponer el concepto de unglückliches Bewusstsein, la Consciencia Infeliz (consciencia en el sentido de darse cuenta y no "conciencia" en el sentido moral o religiosa), para referirse al Alma Alienada, la cual es la consciencia de un ser escindido, en el cual aparece un doble contradictorio. No podía haber una síntesis de la vida sin tomar en cuenta las antinomias de la consciencia, o sea, aquello que existe en forma de antítesis. La síntesis, es una relatividad, producto de las fuerzas opuestas (tesis y antítesis), pero que engaña a la percepción humana, induciéndolo a creer que su consciencia es una sola, cuando de hecho es el resultado del juego de las fuerzas opuestas.

Partiendo de un punto diferente al de Hegel, Karl Marx (1971) propuso elaborar de nuevo el término entfremdung (ent, ente; fremd, extraño), para indicar que el ser humano sólo se puede

desarrollar como un individuo formando sociedad con sus semejantes. El ente extraño de Hegel, es una fabricación humana, en lugar de ser el humano una fabricación del ente extraño, argumentó Marx.

En palabras de Nicolaus (1973:33),
Se hace evidente ahora que la historia real del mundo no es el producto de una 'Mente' sui generis, sino que esta 'Mente' y todas sus relaciones son un producto resultante de la cabeza humana; y es más, de una cabeza humana anclada en la historia real, ambos, empujada y limitada por modos de existencia cambiantes y particulares; finalmente, una cabeza humana integrada a un cuerpo sensorial, material y social, que por su conducta puede y altera su historia, y por lo tanto altera también las fuentes y las condiciones del pensamiento.

Inspirado por Marx, Nicolaus llega a la conclusión que la mano de obra que el trabajador vende al capitalista, no es un objeto inanimado, sino un poder que no puede ser apartado de la existencia física del obrero. Por lo tanto, el valor del trabajo es la actividad en el mundo, y la mercancía que el obrero vende es el poder de su trabajo (el derecho a estar disponible), esto es, una forma de energía.

La similitud fenoménica entre lo que algunos científicos sociales han denominado "alienación" y aquello a lo que ciertos psicoanalistas como Freud, Karen Horney y Jung llamaron "neurosis", es bastante coincidente. El ser humano se encuentra escindido, a veces en forma irreconciliable, por fuerzas opuestas.

El dogmatismo unilateral de la racionalidad crece a proporciones deificantes hasta convertirse en un monoteísmo del ego. Las fuerzas orgánicas opuestas al ego son reprimidas, necesitando esta energía de caminos alternos de salida, con resultados, a veces, poco placenteros para el individuo. Véase el caso de Nietzsche (1983:110 y 111) y sus lacónicas advertencias: "El cristianismo dio de beber veneno a Eros:--éste, ciertamente, no murió, pero degeneró convirtiéndose en vicio... La vanidad de los demás repugna a nuestro gusto tan sólo cuando repugna a nuestra vanidad".

En este artículo se apunta entonces a una interrogante que no puede ser contestada fácilmente y que tiene un valor muy particular en el estudio del envejecimiento humano: ¿cuál es la continuidad fenoménica entre el organismo y la necesidad de actuar en forma asociada con los semejantes? Al unir los argumentos de Hegel, Marx y George H. Mead en una sola perspectiva, se hace obvio que la "mente" es la representación alienada de la sociedad y la "persona" un ídolo o un fetiche que toma el lugar de la individualidad. Al no poder representar el individuo a toda la sociedad, porque esto es fenoménicamente imposible, representa aquello que está a su alcance, esto es, el conocimiento social cosificado. El "yo" aporta la herencia genética y por medio de imágenes arquetípicas muy arcaicas, desarrolla un material que es

"metabolizado" por el cerebro como si fuera propio del mundo social, cuando en realidad tiene una naturaleza orgánica. La tentación que experimenta el "mi" de traducir a los significados culturales su experiencia es tan grande, que casi nunca puede el individuo reconocer al "yo" por sí mismo, sino, generalmente, por las equivalencias al "mi".

En palabras de Goffman (1971:47):

Así, cuando el individuo se presenta ante otros, su actuación tenderá a incorporar y ejemplificar los valores oficialmente acreditados de la sociedad, tanto más, en realidad, de lo que lo hace su conducta general. En la medida en que una actuación destaca los valores oficiales corrientes de la sociedad en la cual tiene lugar, podemos considerarla, a la manera de Durkheim y Radcliffe-Brown, como una ceremonia, un expresivo rejuvenecimiento y reafirmación de los valores morales de la comunidad.

De ahí, que el protagonizar un papel social ante un público expectante, tal como son los integrantes de un grupo, demanda de una "persona" que el público pueda fácilmente identificar, por medio de una actuación fidedigna, confiable, reconocible, acreditable y aceptable. Queda claro, así, que raras veces el individuo actúa socialmente para sí mismo (sólo cuando habla consigo mismo), por lo general lo hace para un público presente, idealizado o imaginario.

En el envejecimiento, se hace notoria la noción de la subcultura de los viejos, que se ha ido creando en nuestro medio, como resultado de la marginalización que experimentan los

envejecidos. Al ser alienados del poder social y político, al ser confinados en hogares para ancianos los "viejos", al ser categorizados como "discapacitados" o con mermas funcionales, las personas mayores de 60 años se encuentran en muchas formas apartadas de la corriente principal interactiva de la comunidad, la cual es reservada para individuos más jóvenes.

Desde esta perspectiva, se hace claro que la "normalidad" de un ser humano consiste en lo que un grupo considera como aceptable ante las normas sociales dominantes. Esta es la esencia del sociologismo de William I. Thomas: "...cuando un grupo humano define algo como real, es real en sus consecuencias" (1918:44). Razón por la cual, la opinión social, o la interpretación de los valores sociales, es lo que se toma como referente para "curar" a una persona que sufre de desajustes en su comportamiento. La adecuada y satisfactoria adaptación a las relaciones con sus semejantes (parientes, amigos y conocidos) es lo que se toma como criterio de "sanidad" en algunas ramas de la manipulación de la conducta. El ser socialmente adaptado a los parámetros del grupo es "sano", mientras el ser que se topa con dificultades en sus relaciones sociales "tiene problemas". Se nota en forma inherente el supuesto de Ortega y Gasset de la falsificación: aprendo a fingir que todo esta bien, para no tener problemas.

Por analogía, la ideología de la edad busca la adaptación de

los seres humanos a las pautas establecidas por el grupo en cuanto a cómo se interpreta socialmente el envejecimiento, muchas veces a contrapelo de los síntomas orgánicos. Al punto que la edad se convierte en un criterio estratificante (Riley, 1987), que determina los derechos, privilegios, obligaciones, poder y autoridad, a los que tiene acceso un individuo en una sociedad particular.

CONCLUSIÓN

La cosificación acontece toda vez que le otorgamos características humanas a las cosas, al igual que también ocurre, cuando transformamos en cosa a un ser humano. Nuestro conocimiento incompleto sobre por qué y cómo acontece el envejecimiento, es la tentación más grande que experimentamos para caer en la cosificación, en el análisis de este proceso de la vida.

La cosificación y la alienación van de la mano, porque en el instante en que cosificamos, hemos congelado el proceso fluido de la realidad, a cambio de imágenes estáticas, en lugar de dinámicas. Es como si escogiéramos seguir usando la fotografía en lugar del video para reportar el acontecer de la realidad. La cosificación es alienante, porque reduce al individuo a las tipificaciones y a los estereotipos que son ajenos a la identidad individual. La cosificación, la alienación y la idolatría comparten síntomas comunes. Ya Erich Fromm (1967) había advertido

esa coincidencia, al decir: "El hombre (sic) transfiere sus propias pasiones y cualidades al ídolo. Cuanto más se empobrece él mismo, tanto mayor y más fuerte se hace el ídolo. El ídolo es la forma alienada de la experiencia de sí mismo que tiene el hombre".

El proceso del envejecimiento es fluido y acontece a lo largo del devenir del tiempo. Sólo que, bajo nuestra obsesión de control y poder, es que reducimos a las personas mayores de 60 años a cosas, a sus enfermedades y limitaciones funcionales, en detrimento de sus libertades, opciones e identidades individuales.

Bibliografía

Berger, P.L. Introducción a la sociología; Una perspectiva humanista. México, Editorial LIMUSA. 1976

Berger, P.L.& Luckmann, T. La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu. 1972

Bertalanffy, von L. General Systems Theory. New York, Braziller. 1968

Ferrater Mora, J. Diccionario de filosofía. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. 1975

Fromm, E. Y seréis como dioses. Buenos Aires, Paidós. 1967

Goffman, E. La presentación de la persona en la vida cotidiana. Amorrortu: Buenos Aires. 1971

Hall, J.C., et al. Advances in Genetics, No. 37. New York, Academic Press. 1997

Hegel, G. W.F. The Phenomenology of Mind. Trans. by J. G. Baillie. New York: Harper Torchbooks. 1967

Israel, J. Alienation; From Marx to Modern Sociology. Boston:

Allyn and Bacon. 1971

Jung, C. G. "Über die Psychologie des Unbewussten", traducido al inglés del alemán por R.F.C. Hull en *Collected Works of C. G. Jung*. New York: Bolligen Foundation. 1953

Kallman, F. J. & Sander, G. "Twin Studies in Aging and Longevity", *Journal of Heredity*, 39. 1948

Kopnin, P.V. *Lógica dialéctica*. México, Grijalbo. 1966

Marx, K. *Grundrisse; Foundations of the Critique of Political Economy*. Foreword by Martin Nicolaus. New York: Vintage. 1973

Mead, G. H. *Mind, Self, & Society; From the Standpoint of a Social Behaviorist*. Chicago, The University Press. 1962

Nicolaus, M. "Foreword", *Grundrisse; Foundations of the Critique of Political Economy*, Karl Marx. New York, Vintage Books. 1973

Nietzsche, F. *Más allá del Bien y del Mal*. Barcelona: Ediciones Orbis. 1983

Ortega y Gasset, J. *The Revolt of the Masses*. New York: W. W. Norton. 1932/1957

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Editorial Espasa-Calpe S. A. 1984

Riley, M. W. "On the Significance of Age in Sociology", *American Sociological Review*, 52. 1987

Schutz, A. *The Phenomenology of the Social World*. Evanston, Ill., Northwestern University Press. 1967

Thomas, W. I. & Znaniecki, F. *The Polish Peasant in Europe and America*. Chicago, The University Press. 1918

U.S. Department of Health and Human Services. Public Health Services. National Institutes of Health. *In Search of the Secrets of Aging*. Washington, D.C.: NIH Publication No. 93-2756. 1993

Wolin, S. S. *Politics and Vision; Continuity and Innovation in Western Political Thought*. Boston, MS., Little, Brown and Co. 1960

Zigmond, M.J. (Ed.). *Fundamental Neuroscience*. New York, Academic Press. 1997